

EL PROFESOR JOSE IGNACIO URIBE

El 12 del mes pasado, a las once de la mañana, se verificó el traslado del cadáver del profesor José Ignacio Uribe de la Facultad de Medicina, donde fue mantenido en cámara ardiente, al cementerio de esta ciudad.

Numerosas corporaciones científicas habían invitado a este acto que revistió extraordinaria solemnidad y sencillez. Una numerosa y selecta concurrencia, compuesta de profesores, médicos, estudiantes de medicina y damas de nuestra alta sociedad, fue hasta el cementerio, donde hicieron uso de la palabra los doctores Carlos Tirado Macías, Luis Felipe Angel, Guillermo Uribe Cualla y el profesor Jorge Bejarano, cuyo discurso, pronunciado en nombre de la Academia Nacional de Medicina, tenemos el gusto de reproducir en nuestra página editorial.

“Señor rector de la Facultad de Medicina, señores:

Hace ya tres años que la Facultad de Medicina y la Academia Nacional de Medicina me conferían el alto honor de ser su vocero para descubrir aquí mismo el medallón que guarda los perfiles de sabio y filósofo del profesor Lombana Barreneche, muerto para los hombres, pero vivo para el espíritu de sus discípulos. Y no contentas aquellas dos instituciones con haber aureolado así mi vida, me dan por segunda vez el estímulo y el honor de crearme digno de expresar su dolor ante la tumba que hoy se abre.

Escribir, meditar y decir el elogio de los hombres ilustres ha sido siempre tarea que enaltecerá a sus autores; pero si a más del hombre ilustre en el elogio se congrega el amigo dilecto, entonces aquel escribir, meditar y decir será para nosotros un dulce placer espiritual que nos permite imaginar que realmente las virtudes que exaltamos no se han ido de nuestro lado sino que ellas viven todavía y alientan la existencia del amigo ausente.

Tal me ocurre a mí al cumplir este doble mandato de hacer el elogio del profesor José Ignacio Uribe, muerto hace pocos días en la

ciudad que él tanto amaba y vuelto a la que acongojada y triste recibe la urna funeraria para tributarle este postrer homenaje de admiración y de dolor.

Por una rara coincidencia de la vida, el maestro ausente asiste desde su cercana tumba al tributo férvido que hoy prodigan sus amigos al discípulo amado. José Ignacio Uribe vino a la carrera médica en el año de 1906, y al frente de su tesis de grado, que ya pronosticaba por su seriedad y su contenido lo que sería su autor, se lee el nombre del maestro Lonbana Barreneche entre el selecto jurado calificador que lleno de orgullo impartía al joven médico las palmas del profesional. En los claustros de Santa Inés y de San Juan de Dios, el maestro venerable había podido auscultar y sentir lo que el discípulo sería en la carrera científica. Por esto le prodigó su cariño; lo distinguió y en medio de sus nuevos discípulos, al verle muchas veces descender la escalera del viejo y colonial hospital, después de su lección magistral sobre dermatología, descendía él también orgullosamente del brazo de quien debía ser su prolongación científica y espiritual. Así los vi yo muchas veces, y otras tantas fueron las que el maestro me hizo la confianza de la satisfacción y mimo con que él veía a ese joven profesor que años más tarde deslumbró a sus discípulos por la erudición y el vigor de sus lecciones inolvidables.

La carrera médica del profesor Uribe fue una serie ininterrumpida de triunfos y laureles. En París cimentó los conocimientos que aquí le habían dado sus maestros. Allá también se le supo querer y admirar y el célebre hospital de San Luis, donde él permaneció por varios años siguiendo paso a paso los detalles de esa ciencia imbricada y compleja de la dermatología, guarda todavía en sus compañeros de esa época y en sus anales científicos, el nombre del colombiano eminente que después supo también honrar a sus maestros de ultramar. La dermatología fue para él su pasión. A pesar de lo esquiva que ella es; a pesar de que no hay en los dominios de la medicina rama alguna de más difícil posesión; a pesar de que en su diagnóstico no entra otra cosa que el sentido de la vista, el profesor Uribe leía, por así decir, a través de la piel. Sus colegas y discípulos admirábamos la prontitud y sutileza de su diagnóstico y por esto al cabo de los pocos años de este total dominio que él tenía de la dermatología, su nombre era ya nacional. Cuando en 1927 regresó a París, los profesores Cougeroot, Millian, Ravaud y Guillaume, a quienes llegó el eco de la reputación del profesor Uribe, lo acogieron como colega con quien podían compartir sus opiniones.

No bien había regresado a Colombia después de sus primeros estudios en París, cuando fue llevado a la cátedra en que se hizo insustituible. Y el secreto todo de ese enorme prestigio que adquirió en la enseñanza y que cimentó en su profesión, lo debió sin duda alguna a aquel empeño que puso siempre en cumplir la fórmula pascaliana:



Profesor José Ignacio Uribe

fallecido en París el 14 de febrero de 1935.

“Toda nuestra dignidad, dijo Pascal, consiste en el pensamiento. Pensar bien, es el principio de la moral”. La sentencia del iluminado de Port Royal, halló en José Ignacio Uribe, su máxima expresión. Si pensar bien debe ser para todo el que practica una profesión norma inflexible de conducta mental, para los que estamos en el ejercicio de nuestro trascendental sacerdocio, pensar bien, es acaso la garantía más saneada que podemos ofrecer a la sociedad.

Pensar bien! Para el médico es imperativo porque nuestros errores, digámoslo con franqueza, si afectan nuestro prestigio o si hieren nuestra vanidad, son fatalmente cuando los cometemos, aliados de la muerte que acelera el trance inevitable de lo humano. Y por mucho que lo conjetural de nuestros conocimientos sobre infinitas materias nos abroquele contra responsabilidades jurídicas, la falta de la mente médica ante el drama de la enfermedad o del dolor, es el obstáculo que debemos cada día y a costa de cualquier sacrificio, trasmontar para la plenitud de nuestra obra que es de solidaridad, de ciencia y de amor.

Yo no sé si los discípulos que formó y formaba el profesor José Ignacio Uribe se dieron cuenta de la fuerza científica que él poseía, que el brillo inextinguible de su cátedra, se debió más que a su pulcritud mental y de palabra, a la norma que él hizo de su profesión “pensando bien”. Si los discípulos que hoy me oyen despedir al maestro venerado, quieren seguir sus huellas imborrables, yo pienso que su espíritu habrá de detenerse y animar la mente del discípulo que como él haga de la vida la fórmula sublime: Pensar bien!

El profesor José Ignacio Uribe no sólo espigó en los campos y dominios de la dermatología. La medicina legal no era en Colombia, allá por el año de 1914, sino el remedo y la continuación del caos que nos asiste en régimen penal. Con el profesor Lombana Barteneche y Ricardo Fajardo Vega, cuya noble figura evoco emocionado, el doctor Uribe dio a la Oficina Médico legal la orientación y organización que hoy sus dignos sucesores han sabido acrecer y conservar.

Las corporaciones científicas del país y las conferencias internacionales miraron siempre con respeto al eminente profesor que en la Academia de Medicina como en la Sociedad de Cirugía hizo muchas veces doctas exposiciones sobre tópicos científicos. Su última comunicación a la Academia de Medicina permanecerá como un documento célebre en los anales científicos del país y a él podrán ocurrir las nuevas generaciones médicas seguras de que ahí hallarán mucha luz.

Intencionalmente he dejado para lo último de este rápido bosquejo de la personalidad científica del profesor Uribe, la que corresponde a los clásicos relieves de su vivir íntimo. Los que con orgullo contamos haber sido sus consejeros en la última dolencia que le arrancó al cariño de los suyos y a la admiración de sus colegas, sabemos el infinito tesoro de gentileza y de bondad que anidaban en su corazón. Todo en José Ignacio Uribe correspondía a su interior. Pulcra era su figura

exterior; señorial su porte; eufórica y que daba un gusto exquisito de la vida, su risa inolvidable. Y pulcros y señoriales eran su mente y sus sentimientos. No envidiaba a nadie porque todo lo tenía: fortuna, inteligencia, ciencia y sobre todo felicidad. El profesor Uribe fue un hijo mimado de la naturaleza y del destino. Aquélla lo colmó de dones y éste le dio el supremo deleite de no darle a conocer el dolor. Perdió a su padre en los primeros años de su vida, cuando todavía el sufrimiento nada podía hacer en su tierno corazón. Después, formó su hogar y dentro de él como el perfume que vive entre el sutil cristal, vivió ahí consagrado a la suprema trilogía del amor para su anciana madre, para su esposa y su hijo, que ahora mismo perciben con las antenas del alma este elogio justo y merecido del amado ausente. Su perenne felicidad no le llevó jamás a creer que su enfermedad fuera mortal. Nunca imaginó que sus labios, que no supieron sino siempre sonreír, pudieran bien pronto aparecer con la sonrisa eterna del rictus de la muerte. Partió con esa quimera y buena fue con él la vida, que no le dio la tragedia del lento agonizar.

Aquí ha vuelto hoy el profesor Uribe para ser entregado a la eterna serenidad de la tierra. La Facultad de Medicina y la Academia Nacional de Medicina pueden consolarse de su dolor al pensar que ellas se prolongan hacia el futuro ante esta nueva tumba que hoy se abre. Los que con veneración y respeto nos acercamos ante las urnas que guardan los despojos de Lombana Barreneche, de Luis María Rivas Merízalde, de Miguel Rueda Acosta y de Luis Zea Uribe, queremos también hallar un símbolo ante la tumba de José Ignacio Uribe: Ciencia, Amistad y Nobleza, hé aquí las palabras que debieran sobresalir de este montón de tierra que cubrirá el cadáver pero no la lámpara votiva que alumbrará siempre este sitio donde las nuevas generaciones médicas podrán hallar la luz para mejor cumplir los inescrutables itinerarios de su vida”.

Jorge Bejarano.

